

Viernes 28 de Febrero de 1873

EL ATENEO

Organo del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Vitoria

SE PUBLICA LOS DIAS 15 Y ÚLTIMO DE CADA MES

SE SUSCRIBE AL PRECIO DE 6 REALES TRIMESTRE EN LA
BIBLIOTECA DEL ATENEO

SUMARIO

FIGURA DE LA TIERRA, por D. Santiago Moreno Rey.—ESTUDIOS SOBRE LOS HOSPITALES DE
PARIS, por D. G. Roure.—CLASIFICACIONES MINERALÓGICAS, por D. Cesáreo Martínez.—CRÓNICA
DEL ATENEO, por D. Federico Baraibar.—NOTICIAS.

FIGURA DE LA TIERRA.

(Continuación.)

Trascurren los años y los siglos y la figura de la Tierra sigue siendo objeto de meras suposiciones; hácese necesario que nuevos viajes se emprendan, nuevas aventuras se realicen para que llegue hasta el vulgo alguna noción sobre este punto y es preciso que se vea á nuestro compatriota Sebastian Elcano regresar de una expedición despues de haber dado la vuelta al mundo, para que llegue á comprobarse la redondez de la Tierra y se encuentre alguno que no trate de visionario al gran Genovés y de descabellado sueño de enferma imaginacion, el proyecto que vino más tarde á añadir un nuevo florón á la corona de Castilla.

No obstante lo grandioso del pensamiento y sin que por ello pretendamos cercenar la gloria que su concepcion merece, nada de extraño ni sobrenatural encierra el intento de Colon que no fué sino consecuencia lógica de la madura reflexion sobre los datos que en su tiempo debieron tenerse ya adquiridos y que no eran un misterio para las gentes medianamente instruidas en los fenómenos celestes y en los secretos de sus causas.

En efecto; á la simple observacion de una llanura vista desde cualquier punto elevado, preséntase la superficie de la Tierra como un inmenso cas-

quete, tanto mayor cuanto más elevado se halle el puesto de observacion, pero siempre marcándose en el horizonte la perfecta circunferencia que sirve de aparente interseccion de la bóveda celeste con la superficie del suelo. Esta primera impresion falaz de los sentidos nos llevaría desde luego á formar la idea de que la Tierra fuese limitada terminando allí donde concluye el alcance de nuestra vista; pero al observar que el espacio se ensancha á medida que nos elevamos y que el cuadro varía con nuestras variaciones de estacion, nace otro motivo de error y nos vemos conducidos á suponerla de estension infinita; error que nuevas esperiencias y observaciones de otro género vienen pronto á destruir. Preséntase como la primera de ellas las constantes é invariables apariciones y ocultaciones de los astros, especialmente el Sol, cuyos brillantes rayos, ora bañan de luz la Tierra, ora al ocultarse la dejan sumida en densa oscuridad. ¿Cómo armonizar este hecho constante, perpétuo, inalterable con la hipótesis de una ilimitacion de la superficie de la Tierra? ¿Habria de haberse abierto camino á través de ella? y si tal sucediera ¿dónde se encontrarían esas salidas maravillosas que dieran paso á tan ilustre viagero? La razon se extravía al fijarse, siquiera sea por un momento, en las consideraciones que de tal supuesto se dedugeran y fuerza es confesar que mal se prestaria á darnos cuenta de otros fenómenos, de sencilla esplicacion en otro distinto. Nuevas y decisivas pruebas tan sencillas como concluyentes nos vienen á demostrar la limitacion y aislamiento de la superficie terrestre. Los viages marítimos de que hemos hablado emprendidos desde la más remota antigüedad, hacen ver á los viageros el aislamiento de la Tierra y este queda confirmado sin controversia desde el momento en que uno de ellos vuelve victorioso de su arriesgada empresa y ve brillar el faro del anhelado puerto despues de haber trazado con la quilla de su navio un círculo perfecto en las agitadas olas del Océano, dejando en él gravada para siempre la poderosa huella del hombre que algun dia logró hacerle el más sumiso esclavo de su inteligencia y poderío.

Sentado el aislamiento de la Tierra y demostrado de un modo concluyente que su extension es limitada, quedaba que investigar cuál fuese su forma, si no habian de admitirse las hipótesis extrañas de los filósofos antiguos que ya la consideraban como un disco de extraños sostenes, ya como plancha aislada en el espacio mantenida por fuerzas sobrenaturales é invisibles; más toda vez que los citados viages sirvieron para adquirir una verdad, en ellos mismos se encuentra el fundamento de una hipótesis, base para el perfecto descubrimiento de otra. La aproximacion de un

navío á la costa presenta al observador situado en ella un fenómeno que desde luego llama su atencion é insensiblemente le lleva al concepto de la curvatura de la superficie de las aguas: no describe la parte inferior y más voluminosa de la nave, sino que á larga distancia empieza á apercebir el extremo del más alto de los palos y á medida que aquella se aproxima va distinguiendo los mástiles y la arboladura, vé flotar ondulante su bandera y no está ya muy distante, cuando se deja notar el volúmen de su casco: semejante fenómeno observa el navegante que al dirigir desde su fragil barca una última mirada al puerto que abandona no percibe sus casas y palacios, sino que allá en el horizonte divisa vagamente las agudas puntas de sus torres y las cimas elevadas de los montes cercanos.

Si apartando nuestra vista de la superficie, la elevamos á la bóveda que la cubre, ella nos proporciona nuevas pruebas de la curvatura del sólido que habitamos. La variabilidad del aspecto del cielo, á medida que avanzamos en cualquier sentido que se emprenda un viage, la gradual elevacion de determinados astros sobre nuestro horizonte al caminar en un sentido y el descenso de los mismos si lo hacemos en sentido contrario, sin que notemos en ellos movimiento alguno sensible, no pueden atribuirse sino á la forma de la superficie que pisamos, forma que precisamente ha de ser curva si en ella hemos de encontrar la esplicacion del fenómeno, ya que no vemos desaparecer instantáneamente ningun astro que ántes de perderlo de vista no le hayamos seguido en su movimiento descendente con una velocidad relativa á la del nuestro. ¿De qué otro modo pudiéramos esplicarnos la sucesiva aparicion del Sol en el horizonte de distintos pueblos, sin que todos á la vez experimenten los efectos de su luz y á la vez queden ocultos en la sombra? Los maravillosos fenómenos de los eclipses, desiguales en su intensidad, desiguales en su aspecto, distintos en los momentos de su principio y terminacion para diversos paises ¿dónde encontrarán su esplicacion, sino en la forma curva de la superficie terrestre, única que puede darnos, la razon de tales hechos? Con ella se satisfacen todas las observaciones, con ella se resuelven todas las dudas y ella es la sola admisible sin que despues de las consideraciones expuestas pueda vacilarse en rechazar la posibilidad de la ilimitacion ni de la planicie.

Estas consideraciones que de una manera lógica y con argumentos incontestables tomados de la misma naturaleza condujeron á sospechar la forma de la Tierra, no serian suficientes á satisfacer la natural curiosidad del hombre que no juzgó el problema resuelto hasta no ver perfec-

tamente determinada aquella forma y hasta no inquirir las causas que la hubieran producido. Desgraciadamente en este punto aquella curiosidad no ha podido verse satisfecha hasta en sus últimas exigencias y aun continúan los sábios persiguiendo la resolución del primer problema y sentando y destruyendo hipótesis, acumulando datos, proyectando trabajos y dejando cada generación á la que le sigue, harta materia en que satisfacer el anhelante afán de los hombres de ciencia. Contentos aquellos al principio con haber vislumbrado la curvatura de la Tierra y satisfechos con haberla supuesto esférica ya por la perfección que atribuían á esta forma ya por analogía á la que observaban en los cuerpos celestes que más directamente herían sus sentidos, juzgaron haber pronunciado la última palabra hicieronla admitir por el vulgo como verdad evidente y que este la recibiera sin objeción alguna, impotente como era aquel para hacerla y encontrando más cómodo aceptar la doctrina hecha que arrojarla nuevamente en el campo de la hipótesis y de la controversia.

Partiendo de este principio sentado ya como incontrovertible, surgió en algunos espíritus investigadores la idea de someter la Tierra á una medida, apreciar sus dimensiones y determinar la magnitud de su circunferencia y de su radio: problema que con el transcurso del tiempo vino á hacer patentes las dificultades de que se encuentra erizado, á evidenciar el error de la hipótesis fundamental y á poner en acción á los hombres sábios de todas las naciones civilizadas y á contribuir las ciencias y las artes de los siglos más adelantados. Desde Xenophanes que juzgaba á la Tierra incommensurable, hasta Bessel y Struve en nuestros días que con los más delicados instrumentos y las más minuciosas precauciones determinan grandes distancias y deducen resultados asombrosos por la exactitud que las comprobaciones acusan, larga es la serie de trabajos cuyo sucinto relato constituye nuestro principal objeto.

Aunque las medidas practicadas por los antiguos desde dos ó tres siglos ántes de Jesucristo, no puedan servirnos de base para la deducción de los resultados obtenidos posteriormente, merecen no obstante que hagamos de ellas mención siquiera sea porque iniciaron el camino que convenia seguir, del que en el fondo no se han separado los sábios en épocas posteriores y que notablemente perfeccionado se sigue en la actualidad. Más no podríamos tampoco dejar de advertir que aquellos resultados no pueden ménos de ser erróneos, ya por la imperfección de los medios empleados para su obtención, ya por el estado embrionario de otras ciencias sin cuyo auxilio es imposible dar un paso seguro, haciendo vano

el empeño de los que, entusiastas exagerados de lo antiguo, han apelado á mil consideraciones á posteriori para armonizar aquellas medidas entre sí y con las obtenidas recientemente.

S. MORENO REY.

Se continuará.

ESTUDIOS SOBRE LOS HOSPITALES DE PARIS.

IX.

(Conclusion.)

Redúcense, pues, todas las investigaciones de Malgaigne á decir: que las amputaciones *patológicas* tienen por lo comun mejores resultados que las traumáticas, hecho que todo el mundo ha podido comprobar ántes que él formulase su opinion; que la edad influye en el éxito de las operaciones, verdad trivial al alcance de cualquier persona lega: que el viciamiento de la atmósfera es una mala condicion higiénica, razon que comprende la inteligencia mas mediana, pero que no explica suficientemente lo que ocurre en los hospitales de Paris, puesto que hemos demostrado las excelentes condiciones de ventilacion de aquellos en que mas deslucida queda la cirugía; que el tratamiento consecutivo y la eleccion del procedimiento influyen, aunque de una manera no muy demostrada, en el éxito de las operaciones: y por último, que existen *séries felices y adversas* no explicables por ninguna causa ni influencia reconocidas, pero que deciden fatalmente de la suerte de los operados; y estas *séries* deben, segun los datos que poseemos pertenecientes á distintas épocas, corresponder casi siempre al segundo género en los hospitales de Paris.

No quedamos por tanto muy satisfechos de tan poco meditadas explicaciones, ni deben quedarlo su autor y los profesores interesados en los sucesos á que se les hace servir. La cirugía francesa necesita hacer investigaciones mas profundas y mejor dirigidas para esclarecer un punto, que es su continua pesadilla, que le ha obligado á buscar estadísticas comparativas que le sirvan de algun consuelo, y que objeto de discusiones en los cuerpos científicos, de exigencias y recriminaciones en los hospitales, ha dado origen en el año 1861 al nombramiento de una comision, presidida por Grisolle, para estudiar el asunto, y cuyos trabajos no se han publicado aún que sepamos.

Sin perjuicio de conceder á las circunstancias locales de los hospitales, á las propias del individuo, á la influencia general de la poblacion, al modo de asistencia y al género y gravedad de las lesiones una parte si no insignificante, no tan considerable como desea Malgaigne en el resultado del tratamiento quirúrgico, ¿no pudiéramos tambien atribuir alguna á la *intemperancia del arte*, defecto característico de la cirugía parisiense? En el corto tiempo de nuestra estancia en Paris, hemos podido convencernos prácticamente de una cosa que ya teníamos aprendida en la lectura de las obras francesas. Hemos visto en todos los hospitales, y á pesar de las tendencias actuales de la llamada cirugía conservadora, una fiebre operatoria que no permitia distinguir de casos ni personas, fiebre aguijada por la emulacion, por el afan de la celebridad, por el estímulo de la enseñanza, y sobre todo por esa manía de originalidad tan propia de nuestros vecinos. Entre las llamadas notabilidades quirúrgicas, no basta saber las cosas bien; no satisface contar con muchos procedimientos para ejecutar una misma operacion ni tener demostrada la conveniencia absoluta de alguno, ó la relativa de varios de ellos. Es preciso, absolutamente indispensable, idear un mecanismo nuevo, á que dar su nombre; ejecutarlo con instrumentos de su invencion, aunque solo sirvan despues para enmohecerse; poder decir, *yo he hecho, yo he inventado* tal ó cual cosa, valga ó no valga la invencion. Contenido en sus justos limites este deseo, y reducido á procurar el adelanto de aquellos métodos ó procedimientos que aún no han llegado á la apetecible perfeccion, no hay duda que la ciencia debe agradecerlo y esperar de él mucho provecho; pero degenerando en una pueril vanidad, como sucede la mayor parte de veces, da origen á invenciones absurdas, que tienen una vida efimera, pero cuyos funestos efectos se hacen sentir, siquiera sea por poco tiempo, en la práctica. ¿Qué resultados podian, por ejemplo, esperarse del *osteoclasto* del Sr. Maissonneuve para amputar los miembros rompiendo previamente el hueso? ¿Hay alguna idea científica para autorizar semejante método que repugna al sentido comun? Y sin embargo, este y otros inventos se ponen en práctica una vez lo ménos: así como hay quien se atreve á inventar la reduccion de luxaciones de muchos meses, y en sus irracionales esfuerzos arranca el miembro, ocasionando la muerte del sujeto, que podia muy bien haber utilizado su extremidad (1).

Nadie mas entusiasta que nosotros por la brillante cirugía francesa, á la cual confesamos deber muchos adelantos positivos; nadie que respete

(1) Véase *Journal de Championnière*, año 1864, pág. 181.

mas las altas capacidades que ahora y en todos tiempos han ilustrado el arte entre nuestros vecinos; pero por lo mismo que les profesamos un entrañable cariño quisiéramos verles desprenderse de esta pequeña vanidad que retarda los verdaderos adelantos, y considerariamos aún mas dignas de respeto y de admiracion á las eminencias quirúrgicas parisien-ses, si desdeñando los halagos de un pueril orgullo, aprovechasen siempre el verdadero talento que les adorna, no en insignificantes detalles, ni novedades poco meditadas, sino en sólidos perfeccionamientos. Muévenos tambien á exponer estas reflexiones el deseo de advertir á nuestros compatriotas la extremada reserva con que es necesario admitir la mayor parte de los inventos que nos vienen del otro lado del Pirineo, y que por desgracia se aceptan á menudo en nuestro pais sin el mas ligero exámen. Es necesario que obrando con mas calma, no nos acostumbremos desde luego á considerar como bueno todo aquello que no procede de nosotros; y creamos en el frecuente error de los que fácilmente aceptamos como maestros. Examinándolos mas de cerca, y conociendo las condiciones especiales de la práctica profesional en su país, y el carácter de la nacion donde ejercen, se acorta mucho la distancia que nuestra excesiva modestia creia nos separaba. Para comprobar este aserto, nos ha de servir mas adelante la comparacion de los resultados obtenidos en sus hospitales y los nuestros; y á aquellos que, seducidos por el prestigio de respetables nombres, crean que en la moderna Atenas todos son notabilidades, les diremos que en nuestro viaje hemos tenido mas de una ocasion de consolarnos de nuestra ignorancia, y que en uno de los hospitales mas célebres de la gran ciudad, hemos visto hacer una reseccion del codo de tan lastimosa manera, que en cualquiera escuela de nuestro pais hubiese valido la reprobacion de un candidato.

Dejando esto aparte, y para terminar con lo relativo á las causas de mortalidad de los operados, recordaremos que, segun la última estadística de la clínica de la Charité, la infeccion purulenta y la erisipela son los accidentes que con mas frecuencia han producido los fallecimientos. Con solo anunciar este hecho se demuestra la necesidad de dirigir las investigaciones á la averiguacion de las circunstancias que concurren á su produccion. Hace algun tiempo se viene creyendo por varios cirujanos que los métodos de curacion podrian influir en el desarrollo de estos accidentes, y en virtud de esta idea se han propuesto diversos medios para sustituir á los anteriores empleados. Mr. Velpeau, que los ha ensayado sucesivamente en su clínica, confiesa que ni el alcohol ni ninguno de los agentes propuestos ha demostrado ventaja alguna; y que las erisipelas y

la infeccion purulenta han seguido con igual frecuencia que en las épocas anteriores.

No ofreciendo nada de particular la estadística necrológica de los hospitales de París en lo que respecta á las afecciones internas, no hemos creído necesario detenernos en consideraciones que solo tenían oportunidad en los males de cirugía; y una vez terminadas las que con relacion á estos nos han parecido convenientes, vamos á comparar la necrología de dichos hospitales con alguno de Lóndres y los nuestros.

X.

Entre los establecimientos de la metrópoli inglesa merece justamente llamar la atencion el hospital Guy, fundado en 1772, y en el que existe una escuela de medicina. En él han sido asistidos, desde el año 1854 á 1861, 32.320 enfermos, de los cuales se han curado 18.591, han mejorado 8.038 y han fallecido 2.978, dando estos una proporción con el total de 9 por 100.

En el mismo periodo la estadística general de los hospitales generales de París daba en conjunto una mortalidad de 11,50 por 100, existiendo por lo tanto una diferencia de 2,50 entre ellos y el de Lóndres.

Descomponiendo las cifras totales de aquel, encontramos 14.301 enfermos de Medicina, de los cuales han muerto 2.014, equivalentes al 14,8 por 100. En Cirugía se han asistido 18.059 y han muerto 964, ó sea el 5,3.

Con respecto á los sexos, el masculino ha estado representado por un total de 1.939 en proporción del 10 por 100, y el femenino por 13.236 asistidos, con 1.039 fallecimientos, ó sea el 7,8.

Las estadísticas relativas á la misma época en los hospitales generales de París, ofreciendo una proporción total de defunciones mucho mas considerable, segun ántes hemos visto, presentan una diferencia comparativamente favorable en los enfermos de Medicina, cuya mortandad es de 13,52, al paso que en Cirugía sube al 5,48.

Si tratásemos de establecer comparaciones particulares entre el hospital Guy y algunos de los de París, para lo cual debiéramos en rigor buscar aquellos que en todas sus circunstancias tuviesen con él mayor analogía, hallaríamos que la mortalidad de cada uno de ellos ha superado en las salas de Cirugía á la de aquel en los años de 1860 y 61, á excepcion de la Charité, que debió gozar en dicha época de una *série feliz* segun la invencion de Mr. Malgaigne; y que en Medicina Lariboisiere,

la Pitié y el Hôtel-Dieu, exceden bastante en su proporcion de muertos al hospital inglés, siendo inferior la de los otros. Adviértase sin embargo, que la proporcion total es en todos ellos mucho mas elevada que en este.

Veamos ahora lo que pasa en nuestros hospitales.

De los datos recogidos acerca de la asistencia en los años 1860 y 61, en los llamados General y Pasion, Princesa y San Juan de Dios de Madrid, resultan asistidos 38.630 enfermos, de los que han fallecido 4.335, ó sea el 11,22 por 100; y si para hacer el cálculo comparativo mas exacto descartáramos de este guarismo la hospitalidad de San Juan de Dios por su índole especial, hallaríamos que aquella proporcion para los generales es de 12,75, existiendo una diferencia en nuestro perjuicio de 47 centésimas con respecto á los de París. En cambio los hospitales de sífilíticos y afecciones cutáneas de Madrid no dan mas que 1,55 por 100 de muertos, mientras en los de igual clase de París están estos con los asistidos en la proporcion centesimal de 3,45. Hay que advertir ademas que entre los establecimientos especiales de esta última capital se han incluido los de niños y la casa de Maternidad, que introducidos en la estadística comparativa, puesto que en Madrid forman estas secciones parte de la hospitalidad general, nos darian los siguientes resultados:

París, proporcion general	11,38 por 100.
Madrid	11,22
Diferencia en nuestro favor	0,16

Veamos ahora los resultados en las afecciones médicas y quirúrgicas.

Para establecer la comparacion entre nuestros hospitales y los franceses, no podemos contar con mas datos que los que se refieren al de la Princesa, pues con respecto al General y Pasion no hemos podido adquirirlos detallados.

En aquel se han asistido durante los años 1860 y 61, 7.215 enfermos, de los cuales han fallecido 512, habiéndose curado 5.596, y resultando por lo tanto una proporcion centesimal de los muertos con los asistidos equivalente al 7,096.

De estos enfermos ha habido 4.575 de efecciones internas, de los cuales han fallecido 379 ó sea el 8,28 por 100.

Los enfermos de Cirugía han sido 2.640, que han ocasionado 133 fallecimientos en proporcion de 4,9.

Ahora bien, hemos visto que en los hospitales de París la mortalidad en los enfermos de Cirugía durante el mismo período ha sido por térmi-

no medio de 7,6 por 100 de los asistidos, y que su *minimum* estudiado en cada uno de los hospitales es de 4,50 (la Charité) llegando el *máximo* á 10,34. Creemos inútil comparar estas cifras para hacer ver la notable diferencia que existe en nuestro favor. Si con el objeto de aumentar guarismos á este cálculo, tenemos en cuenta los resultados de nuestra práctica en el hospital que se halla á nuestro cargo en esta ciudad, veremos que de 1.106 enfermos de cirugía asistidos en él en la época á que se refieren los datos anteriores, han fallecido 55, ofreciéndonos una proporción de 4,9, exactamente igual á la del hospital de la Princesa.

Con respecto á las muertes consecutivas á grandes operaciones, tenemos el sentimiento de no poder consignar la proporción en que han ocurrido en los hospitales de Madrid, pues en los datos que debemos á la amabilidad de algunos amigos, solo se hace constar el número de las practicadas en 1860 y 61 en el hospital de la Princesa, que asciende á 203 sin marcar el resultado obtenido. Para establecer alguna comparación con los de París, únicamente tenemos las noticias de nuestra propia práctica que arroja los resultados siguientes:

De 94 operaciones graves practicadas en el hospital de Vitoria, y que han consistido en ligaduras arteriales, extirpaciones de cánceres y tumores malignos, resecciones del maxilar, las costillas, el cúbito etc.: talla, amputaciones de todas clases, aberturas de abscesos y destrucción de senos profundos, extirpaciones de ganglios en las regiones cervical, axilar é inguinal y otras varias, han fallecido 12 individuos, que equivalen al 12,97 por 100 del total. El número de amputaciones ha sido de 32, y el de fallecimientos á consecuencia de ellas 6, en proporción centesimal de 18,8; descartando de ellas las amputaciones pequeñas, y calculando solo la mortalidad con relación á las de muslo, pierna y brazo, cuyo total es de 17, nos resulta una mortalidad del 35 por 100.

Con respecto á las causas de defunción debemos advertir que las mas frecuentes han consistido en traumatismos terribles, y en la reproducción de las dolencias graves que habian hecho necesarias las operaciones, como por ejemplo el cáncer, y que solo una vez hemos observado la infección purulenta, otra la erisipela é igual número el tétanos.

Averiguemos ahora los resultados comparativos de los hospitales especiales franceses y españoles, para lo que nos han de servir las estadísticas de los de San Luis, Midi, Lourcine y San Juan de Dios, destinados los tres primeros en París, y el último en Madrid, al tratamiento de las afecciones cutáneas y sifilíticas.

De 25.813 enfermos asistidos en aquellos, han fallecido 903 que representan el 3,49 por 100; al paso que el de San Juan de Dios entre 2.896 enfermos solo cuenta 42 defunciones, que equivalen al uno y 39 centésimas.

Comprendemos que en los resultados de este cálculo puedan influir mucho la notable diferencia de los guarismos que le sirven de base; pero por otra parte hay que tener en cuenta que, además de no consistir la verdadera analogía de ellos en el número y sí en la calidad de los casos comparados, las condiciones del hospital de sífilíticos de Madrid son infinitamente peores que las de los que reciben esta clase de enfermos en la capital de Francia. Esta circunstancia, que podríamos poner á contribucion en la estadística comparativa que nos ocupa, daría márgen á multitud de consideraciones y paralelos que alargarian mucho nuestro trabajo, y por eso renunciamos á sacar partido de ella, sentando desde luego y de un modo general que con la única excepcion del Hôtel-Dieu, los hospitales franceses tienen edificios mucho mejor construidos y un servicio mas esmerado que los nuestros.

Para terminar con lo relativo á la asistencia de los enfermos, copiaremos á continuacion los datos que se estampan en el informe dado al gobierno por el Director de Beneficencia y Sanidad, relativo á la de todos los hospitales de España en 1859.

Segun consta en él han funcionado en dicha época 614 establecimientos, donde han sido asistidos 157.331 enfermos. De estos han salido curados 130.306, y han fallecido 16.301 que representan el 10,36 por 100, proporcion inferior en 1,02 á la total de los hospitales de París.

Además de la mortalidad en las afecciones quirúrgicas, llama la atencion en estos últimos la que se observa en las paridas, que hemos visto es por término medio de 4,63 por 100. La fiebre puerperal parece ser la principal causa de estas defunciones, y en vano se ha investigado hasta ahora la influencia que determina su frecuente aparicion. Los profesores de los hospitales y la Academia Imperial de Medicina han debatido este asunto en distintas ocasiones, sin poder siquiera llegar á ponerse de acuerdo acerca de la verdadera naturaleza de una enfermedad que algunos consideran de índole flegmática, otros de carácter séptico, y cuyos síntomas parecen justificar las denominaciones distintas de flebitis uterina, tifo puerperal etc., con que se la conoce. Para oponerse á su desarrollo se han adoptado diferentes medidas, de que ya anteriormente hemos dado cuenta al hablar de la casa de Maternidad, y ha habido el proyecto de establecer la asistencia de partos á domicilio; pero los obstáculos con

que se ha tropezado para ello han hecho desistir de semejante idea á la Administracion.

Sin tratar de designarla como causa de los malos resultados obtenidos en esta clase de asistencia, hemos dicho anteriormente que la admision de embarazadas en los hospitales comunes no nos parecia oportuna, máxime existiendo establecimientos especiales; y si se argúyese que estos deben ser muy grandes para ocurrir á las necesidades de tan populosa ciudad, podria contestarse que la casa de Maternidad debiera dividirse en varios edificios distribuidos en los distintos cuarteles de la poblacion para evitar la acumulacion de embarazadas y púérperas; y aún si se creyese conveniente, con el objeto de mejorar sus condiciones higiénicas, situar algunas de ellas fuera del recinto de la capital. Creemos así mismo que las clínicas de la Facultad de Medicina se hallan muy léjos de reunir las circunstancias que serian de desear para la asistencia de las púérperas, lo mismo que para la de los enfermos de Cirugia. Las cifras de mortalidad que en los cuadros ántes expuestos se refieren á ella confirman este aserto, y justifican las medidas adoptadas en otras épocas por la Administracion.

Si quisiéramos comparar los resultados expresados con los que en la práctica de la obstetricia se obtienen en España, nos halláramos completamente desprovistos de los necesarios datos en lo que se refiere á los establecimientos de Madrid. Por ello nos contentaremos con consignar aquí que de unos 400 partos asistidos en la casa de Maternidad de esta Ciudad en un largo periodo no se registra mas que una defuncion, á pesar de haberse presentado muchos casos de distocia y de accidentes consecutivos graves. Cierito que el número de mugeres acogidas en ella no puede con mucho compararse con el de las asistidas en los establecimientos de Paris, pero en cambio podemos asegurar que las condiciones de la casa hasta el año actual eran las mas favorables al desarrollo de afecciones de mal carácter.

G. ROURE.

CLASIFICACIONES MINERALÓGICAS.

I.

La Mineralogía, ciencia que se ocupa del reconocimiento de todos los seres inorgánicos, que en sus sucesivas capas pueblan nuestro planeta, bien se presenten sólidos, líquidos ó gaseosos, dándoles denominaciones

especiales, y describiendo sus formas, con todas las circunstancias inherentes á su origen etc. aspira desde su principio, como las demas partes de la Historia natural á una clasificacion, que ponga en relieve la idea que guió al Creador en su maravillosa obra de los seis dias.

Despues de cien años que próximamente lleva de existencia propia, habiéndola ilustrado y fomentado hombres notabilísimos, en el terreno científico, se ve, á pesar de todos sus prodigiosos adelantos precisada á confesar, la imposibilidad de una clasificacion metódica y una definicion exacta de su especie.

Las razones que á esto la obligan son poderosísimas, y solo manifestamos aquí, las que en nuestro criterio, nos parecen mas opuestas á la realizacion de sus aspiraciones.

II.

Si observamos las circunstancias que es necesario reunir, para agrupar, bajo una misma especie, una serie de minerales, las veremos aisladas, sin relacion de semejanza, ni sucesion ninguna de importancia.

La Zoografía y Botánica, si no dan lugar á la admision de una definicion estable de la especie, por lo menos, el carácter general y primordial de la organizacion, se presta á discusiones que algun dia podrán reasumirse favorablemente. Careciendo los minerales de órganos, siendo causas fisico-químicas, las que los constituyen y modifican, en ellas únicamente es donde debemos fijarnos para dar una definicion mas ó menos exacta de la especie.

No existiendo, por otra parte, esa sucesion de semejanza, tan necesaria para la formacion de todas las demas agrupaciones naturales, hay que recurrir forzosamente á la esencia misma de los individuos, no pres-tándose el asunto á hipótesis, mas ó menos admisibles en el terreno de la ciencia.

Y como el conocimiento de la especie es el fundamento de la clasificacion, de aquí la imposibilidad de una clasificacion natural en Minerología.

III.

Que los caracteres físicos de los minerales, no son suficientes, para servir de base en una clasificacion, se prueba fácilmente por la dificultad que no solo el principiante, sino el práctico, demuestra en el reconocimiento de las especies. El *espato de Islandia*, los *mármoles*, la *pedra litográfica* y la *creta*, tienen, á pesar de sus facies tan distintas, la

misma composición química: la *zinconisa* y algunas variedades de cal, son tan parecidas, que solo por medio del análisis podrán diferenciarse.

Varía al infinito la *estructura*, hasta en los grupos inferiores, para que pueda servir de base á una clasificación.

Aunque no en tan alto grado, también varía el peso específico; además, basta en algunos minerales una simple combinación, algunas veces, una mezcla para que mudando de aspecto, varíe también este carácter.

Resultando la dureza de la cohesión de las moléculas y pudiendo cambiarse esta, en un mismo ejemplar, nos demuestra su poca importancia, para fundamento de la definición de la especie.

El lustre, el color, la transparencia y la fosforescencia, así como los caracteres *eléctricos* y *magnéticos*, siendo también tan variables, son inútiles para nuestro objeto. Y así, recorriendo los restantes caracteres físicos, venimos á parar á la cristalografía, parte de la Historia Natural que, estudiando las formas geométricas de los minerales, y examinando las causas que constantemente los modifican, ha sido de un valor inapreciable por naturalistas antiguos y modernos para sosten de su clasificación. Pero las modificaciones ó variaciones de formas regulares son tan asombrosas en algunas especies, que solo la cal carbonatada por ejemplo presenta 800 (1) formas diferentes resultado de un *truncamiento*, *visclamiento* ó *apuntamiento*.

Son tantos por otra parte los minerales parecidos por sus caracteres físicos, y que difieren por su composición, que guiados por ellos solamente, agruparíamos del modo más artificial, minerales hasta opuestos por su naturaleza. La galena y la estibina son á veces tan parecidas, que traen al práctico gran confusión al quererlas determinar.

Es pues absolutamente necesario el empleo de los caracteres químicos para poder agrupar los minerales y constituir la especie.

IV.

Pero los caracteres químicos por sí solos, no son lo más á propósito para alcanzar nuestro objeto, pues sería muy doloroso tener que destruir la naturaleza de los ejemplares para poderlos denominar. Sería por otra parte, dar á la Mineralogía muy poca importancia, haciéndola única, y exclusivamente dependiente de la Química, siendo en realidad una ciencia aislada, tan importante por lo menos como las demás, y llamada por un camino completamente distinto, á la consecución de un fin altamente

(1) Dufrenoy T. II, pág. 287.

importante. Por eso la clasificacion de Berzelius, así como su definicion sobre la especie, han sido desechadas en Mineralogía.

Mohos, dice en la introduccion á sus trabajos taxonómicos, que los caracteres que para su empleo, necesitan destruir la estructura y composicion de los minerales, no deben de ninguna manera usarse en esta ciencia y menos fundar sobre ella la clasificacion; y Brogmart hace notar, que el cambio de composicion química, implica en los caracteres esternos.

V.

Werner, sin conocer aun las admirables leyes de cristalografía, dió una clasificacion completamente física, aunque como precisamente necesario, consignó á los géneros los nombres de los metales que entran en la composicion de los minerales.

Mohos, sucesor de Werner en la escuela de Freyberg, fijo en su principio, da una clasificacion bastante natural, aunque desprendiéndose en el conjunto, la falta de los caracteres quimicos.

Siguiendo Berzelius, el camino contrario, es decir, tomando por base y material de su clasificacion á la Química solamente, construye una muy poco natural, desechada hoy en Mineralogía.

Bendant, hermanando las dos séries de caracteres, varía muy poco la definicion de la especie, y su clasificacion, entre otras faltas poco considerables, presenta una notabilísima, advertida y objetada por el mismo Berzelius (del que fué imitador) que consiste, en apartar de su verdadero grupo, al oxígeno, cuerpo mineralizador por excelencia y que debia por lo tanto figurar, á la cabeza de su respectiva seccion.

A pesar de su principio, Brogniart, da una clasificacion, que participa de la de Haüy y Bendant.

De este modo podíamos continuar en el exámen de las clasificaciones, pero basta con lo expuesto para conocer, la diversidad de opiniones sobre el particular y la esperanza nada halagüeña que puede tener la Mineralogía de adquirir con el tiempo una clasificacion natural.

CESÁREO MARTINEZ.

CRÓNICA DEL ATENEO.

Continuando D. Eduardo Velasco sus «Lecciones de Historia universal» se ocupó el día 11 de la primera edad del Mundo, haciéndose cargo al efecto de las ideas expresadas acerca de su formacion por las cosmogonías de los pueblos antiguos. Demostró despues la utilidad de la Geología para el estudio de la Historia; y concluyó su explicacion con una ligera reseña de los progresos de aquella ciencia.

El 13 de los corrientes pronunció el Sr. Martínez una conferencia sobre los volcanes, á los que consideró como una prueba convincente del origen plutónico de la tierra. Para estudiarlos mejor clasificó á los verdaderamente tales en tres grupos: traquíticos, basálticos y lávicos, y dedicando principalmente su atención á estos últimos, se ocupó del Vesubio, del Etna y del Estrómboli. Al estudiar los fenómenos admirables que estos volcanes presentan, hizo curiosas observaciones, acerca de la profundidad de los mismos, de la periodicidad de sus erupciones, y de los fenómenos que suelen preceder á estas, tales como nubes de insectos, columnas de humo, temblores de tierra y ruidos subterráneos.

Por último, D. Fermin Herran, pronunció el día 19 una conferencia sobre «D. Francisco de Quevedo», drama de D. Eulogio Florentino Sanz. Antes de emitir su juicio sobre esta notable producción, hizo algunas consideraciones generales acerca del romanticismo, elogiando á Espronceda, Duque de Rivas, Zorrilla, Pacheco, García Gutierrez y Campoamor por haberle introducido en la literatura española. Pasando luego á criticar el D. Francisco de Quevedo, aplaudió el acierto del autor al elegir por protagonista de su drama un personaje tan simpático y de tan grande significación como el enemigo de Olivares; y después de reseñar ligeramente el argumento, leyó algunas de sus mejores escenas para que el auditorio pudiera de este modo formar cabal idea de la obra.

FEDERICO BARAIBAR.

NOTICIAS.

Ha sido nombrado académico correspondiente de la Real Academia de la Historia el Secretario de este Ateneo y director de la *Biblioteca escogida* D. Fermin Herran.

Siguiendo el impulso dado por otras poblaciones y en especial por Cádiz, se ha formado en esta una *Sociedad cervántica* que tiene ya aprobado su Reglamento y que verificará la apertura de sus tareas mañana 1.º de Marzo.

Hemos recibido varios ejemplares, que ha tenido la dignación de remitirnos el Excmo. Sr. Capitan general de este distrito, de la patriótica y conciliadora alocución dirigida por el General en Jefe del ejército del Norte á los habitantes de las provincias vascongadas y Navarra.

Segun vemos en la *Correspondencia de Portugal* se está trabajando en la capital del reino vecino en una obra filológica de la mayor importancia para la lengua de Camoens. Nos referimos al *grande diccionario da lingua portuguesa*. Su autor el docto Fr. Domingo Vieira tiene ya completo el segundo volumen, que comprende hasta la letra E inclusive. Segun el ilustrado periódico, de que tomamos esta noticia, el nuevo diccionario lleva inmensas ventajas á todos los hasta ahora publicados.

Hoy que por fortuna va desapareciendo la punible indiferencia que entre nosotros existia, principalmente en asuntos literarios por las cosas de Portugal, nos congratulamos de todas veras de que se lleve á feliz término una empresa que ha de dotar á nuestros hermanos de un diccionario digno de que carecian.